

# Los dos peluqueros egipcios

**José Amícola**

Universidad Nacional de La Plata

“No es mi intención abogar por una condesa históricamente lesbiana, ni atribuir sexualidades modernas a un personaje del siglo XVII, ni atribuir sexualidades *tout court* a versiones de ese personaje en el siglo XX, ni reivindicar a Pizarnik como lesbiana a través de su lectura de la condesa”.

Molloy, *De Safo a Baffo*

## 1. La historia

En el año 1964 un arqueólogo egipcio se topó con uno de los mausoleos más extraños de todos los tiempos en uno de los sitios antiguos cerca de El Cairo. La tumba en cuestión no está dedicada a personajes encumbrados y de gran poder pecuniario, sino que honra a dos figuras de la corte, que, aunque importantes, no parecían haber podido costearse con facilidad ese lugar de memoria. Se trataba simplemente de un homenaje póstumo a dos jefes de los peluqueros y del servicio de manicuras. Allí, según se puede colegir de las inscripciones que pertenecen al tiempo de faraón Niuserre cuya dinastía (la 5.<sup>a</sup>), que se extendió desde el 2494 hasta el 2345 antes de Cristo, se hace un homenaje póstumo a dos figuras privadas. Estamos hablando entonces de algo sucedido aproximadamente hace 45 siglos. Las pinturas murales que aún subsisten, aunque han desaparecido todos los otros implementos con que se amoblaban las tumbas, dan cuenta de que se trataba de los individuos conocidos como Nyankh Khnum y Khnum Hotep. Los especialistas creen entender a partir de estos nombres adoptados, que esos dos individuos quisieron utilizar apelativos cruzados que también se refirieran a una estrecha relación mutua. El resto de las pinturas hace referencias al entorno familiar de los muertos, que nos posibilita saber que ambos tuvieron esposas e hijos. Sus deudos aquí son también importantes porque fueron ellos seguramente (y no el Estado) los que sufragaron el enorme costo del mausoleo, a partir de un pedido anterior de los dos implicados.

Por supuesto, se puede hallar mucha información al respecto en sitios *web* y, en particular, si en un buscador se empieza por la frase “dos peluqueros egipcios”... Es justamente a partir de los comentarios generales de muchos de los visitantes de la *web* que quiero comenzar este artículo para analizar, en primer lugar, cómo calibramos una información que nos llega como un mensaje de ultratumba.

La parte pintoresca de este hallazgo se dio en las últimas décadas, especialmente a partir de la existencia de la *web* que pone en circulación todas las noticias. La tumba es visitada en la actualidad por una caravana de curiosos que proclaman a N.K. y K.H. como los dos primeros gays de la historia.

Hace falta quizás dar algunas informaciones previas. La sociedad del antiguo Egipto parece haber sido permisiva en cuanto a todo tipo de relaciones sexuales. Por lo menos, no hay registros de tabuización de los encuentros sexuales masculinos (como sucede en los textos bíblicos), aunque tampoco hay demasiadas menciones a ese tipo de hechos. Es importante también aclarar que N.K. y K.H. aparecen en las pinturas murales de la tumba mencionada en una cercanía que implica el abrazo y el roce de sus narices (equivalente al beso en los antiguos). A todo esto, durante mucho tiempo la tumba fue conocida más bien como la de "los dos hermanos gemelos", dado que para muchos estudiosos los nombres en común podían haber aludido a una genealogía familiar y, al mismo tiempo, este lazo podía venir a explicar la calidez de la relación. Con todo, hay que volver a enfatizar el hecho de que la relación incestuosa tampoco estaba vedada en la sociedad egipcia antigua. Por lo tanto, esta idea de hermandad no viene a explicar absolutamente nada con respecto a si estos dos individuos podían o no tener encuentros carnales. La contestación más razonable es que podían tener relaciones sexuales... inclusive si eran hermanos.

El otro punto que surge entre los comentaristas es igualmente fácilmente rebatible: se trata del hecho de que ambos hubieran tenido esposas e hijos en vida. Para algunos, de allí se inferiría que existía una valla infranqueable a las relaciones intermasculinas, como si la sexualidad necesitara siempre de la libreta de registro de casamientos y vástagos o su ausencia para indicar determinadas inclinaciones.

Creo, por lo tanto, que las dos objeciones principales a ver una relación sexual y amorosa entre N.K. y K.H. a causa de lazos familiares preexistentes ("eran hermanos" o "eran casados") se cae de por sí ante una simple constatación que tiene que ver, en primer lugar, cómo se consideran los hechos cuando se ve cuán permisiva es la sociedad que estamos analizando. Para ello no hace falta más que echar un vistazo a la sociedad griega que habría de formarse algunos siglos después de la 5.<sup>a</sup> dinastía egipcia. Los griegos, cuya historia está plenamente documentada, gozaban de una permisibilidad sexual desde la época heroica en adelante (año 1000 antes de Cristo) y en ese período ya se aceptaban plenamente no solo las relaciones intermasculinas, sino que ellas eran colocadas en un lugar de privilegio frente a las obligaciones conyugales; por lo menos en la clases privilegiadas que habían adoptado las costumbres venidas de Esparta.

El otro aspecto interesante a discutir, una vez que hayamos aceptado que la única explicación para la erección de este mausoleo común en el antiguo Egipto fue posible gracias a una relación amorosa entre dos varones (independientemente de sus otras ligazones familiares) se halla en la manera en que nuestra época (inspirada en la liberación sesentista) cataloga esas conductas. Estoy evidentemente en contra de que se etiquete a N.K. y K.H. como dos individuos gays, porque justamente esa clasificación viene de la reacción a una situación de estigma. Por el mismo motivo,

resulta todavía peor el mayor estigma de llamar a los dos peluqueros egipcios "homosexuales". En rigor, no tenemos una palabra para referirnos a este tipo de relaciones intermasculinas en sociedades como la egipcia y la griega antiguas; y se trataría de un gran anacronismo tratar de pensar esos casos encerrándolos en patrones actuales. Las categorías pensadas por los seres humanos crean, al mismo tiempo, aquello que vienen a designar; pero esto no es un proceso estático. La humanidad tiene la capacidad de revisar sus afirmaciones y cada uno de estos momentos de revisión puede ser enriquecedor, hasta que alguien mueva nuevamente las estanterías y ponga en duda las antiguas concepciones. El momento *queer* tiene mucho que ver con una sacudida histórica en el andamiaje del sistema sexo-género.

Esta discusión nos lleva de la mano a la cuestión muy extendida, entonces, especialmente desde las batallas de los gais por el reconocimiento social, que estipulaba que había una esencia caracterológica en ese tipo de inclinaciones sexuales, con el nacimiento del "gay" y la "lesbiana". Y es aquí donde aparece el incuestionable aporte de los estudios *queer*, para venir a tratar todo lo que el sesentismo, en su afán de adaptación, había barrido bajo la alfombra.

Esto no significa, sin embargo, que yo quiera estampar a los dos peluqueros egipcios con la nueva etiqueta de individuos *queer* (compárese para esto lo que declaraba Sylvia Molloy al analizar *La condesa sangrienta* de Alejandra Pizarnik). Al contrario, no hay nada en su relación que pueda llamarse *queer*. Más bien parece tratarse de un idilio amoroso sin igual dentro de las normas de esa misma sociedad que los cobijó y apadrinó con una memoriosidad grandilocuente y pública. Lo que aquí hacen los estudios *queer*, sin embargo, es combatir las interpretaciones de hechos antiguos entrando en la consideración de lo que no se explica acudiendo a la búsqueda de esencias y la creación de tipos sociales. En este contexto de discusión, lo más atinente es volver nuestra mirada a la teoría *queer* para escapar a los corsés que nos supieron conseguir generaciones anteriores.

En su investigación de doctorado, titulada *Historia y temporalidad en estudios queer. Implicaciones ontológicas y políticas*, defendida en la Universidad de Buenos Aires en marzo de 2016, la tesista Mariela Solana se pregunta por qué tantos estudiosos norteamericanos, viniendo de otros campos del saber, se transformaron en historiógrafos para llevar a cabo realmente una microhistoria sobre la homosexualidad. Según Solana, esta profusión de estudios históricos que vienen auspiciados por la brecha abierta por el Michel Foucault-historiador, cobra sentido cuando la colocamos en un contexto determinado: la batalla teórica en este campo que opone esencialistas contra construccionistas. Hacer historia pequeña o grande sobre las inclinaciones sexuales despeja la idea de fijación eterna de normas y pautas, de tabúes y límites, lo que, en definitiva, significa llevar agua para el molino de la falta de fijeza de las identidades. Así David Halperin o Thomas Laqueur, para mencionar a un especialista en cultura griega antigua y a un biólogo, se sumaron a esta corriente tratando de echar las bases para una comprensión construccionista de la sexualidad. Este operativo de volver su mirada hacia la historia garantiza un enfoque que pone el acento en las contingencias por sobre las fijezas. En algún sentido, puedo sentirme aquí aludido, pues mi mención a los dos peluqueros egipcios tiene también la intención de obligarnos a volver nuestra mirada hacia el pasado para repensar mejor el presente.

A esto habría que agregar que la consideración del paso del tiempo es un aliado impostergable para el antiesencialismo que intentamos representar. Es evidente que la vertiginosidad de los cambios en historia va en contra de toda fijación de conductas y pautas dentro de los sistemas sexo-género. Y esto sucede contra la primera percepción de los individuos encerrados en un momento histórico que sienten los condicionamientos sociales de cada instante como eternos. Por ello, por ejemplo, cuando apareció hacia fines del siglo XIX la posibilidad de que las mujeres utilizaran la bicicleta, ese medio de locomoción nuevo se tornaba un campo de batalla genérica, pues se visualizaba como en contra de aquello que la cultura le imponía al sexo femenino. Mientras las mujeres eran limitadas por los corsés y los grandes sombreros decorativos, la bicicleta obligaba a una postura a horcajadas, que hasta la montura del caballo había evitado. Esa mujer nueva que marchaba rauda con las piernas abiertas era, por ello, antifemenina y "esencialmente" rupturista de todos los esquemas. Solo el paso del tiempo reveló lo ingenuo de una concepción de lo femenino que prohibía la libertad de movimientos corporales. Historizar puede tornarse así un aliado porque refuta toda sensación de congelamiento temporal y, por lo tanto, relativiza los fenómenos de sexo-género.

Voy a seguir refiriéndome aquí, entonces, a algunas observaciones altamente pertinentes de la tesis (no publicada todavía) de Mariela Solana para aprovechar su excelente base teórica y reafirmar las ideas de mi argumentación. Los esencialistas parecían haber ganado de algún modo la batalla, cuando lograron imponer en Estados Unidos la imagen del individuo "gay" o de la "lesbiana" como identidades fijas, a los que la sociedad de consumo finalmente saludó como figuras de perfil comprador y, por lo tanto, muy aceptados por la misma lógica capitalista. A eso se refería, por ejemplo, Pedro Lemebel, cuando repudiaba la imposición internacional de ese tipo importado de identidad sexual. Con todo, las batallas sesentistas por la inserción social fueron un éxito cuando justamente consiguieron levantar las banderas de un perfil identitario claro y bello del tipo "I'm glad to be gay". No hubiera podido conformarse ese estadio de la historia sexual disidente sin la base esencialista que rigió la razón de las barricadas. Pero, entretanto, ha pasado casi medio siglo, y ha llegado la hora de replantearse algunos supuestos.

No voy a volver a la historia y a la etimología de la palabra *queer*, esa "rara torsión" de la gramática y de la sociología, porque los más veteranos la hemos explicado hasta el cansancio, pero sí voy a poner énfasis en el hecho de que este término primeramente ofensivo ganó un plus increíble no solo con la catacrexis que lo transformó de negativo a positivo, sino cuando hacia 1990 se lo asoció con la palabra "teoría" en el seno de la Academia norteamericana o en sus dominios afines. Si bien lo *queer* se fue convirtiendo por su uso en textos muy reflexivos sobre la cuestión de la inclinación sexual, en un término paraguas que cobijaba no solo las áreas de lo gay y lo lesbiano, sino en aspectos que trascendían estos dominios incluyendo temas como sadomasoquismo, transexualidad, transgeneridad, travestismo, intersexualidad, homofobia y, finalmente, masculinidades; parecería que se ganaba un sentido nuevo en el hecho de que la palabra venía a servir para incluir especialmente las cuestiones no estables y, hasta cierto punto, incoherentes de la sexualidad, cosas que en los años sesenta no habían podido entrar en la agenda, pues se tendía a una normalización de los hechos y no a hacer resaltar los puntos de posibles conflictos. Cuando los

esencialistas se entregaban a la dimensión biológica del origen de la homosexualidad, la cosa se tornaba más inexorable porque se llegaba a un determinismo, que ahora los construccionistas van a atacar, al sostener que los actos homosexuales a que se entrega una persona no deberían servir para la definición de la identidad personal ya que todos los individuos pueden sentirse atraídos por personas de su mismo sexo en diferentes momentos de su vida, como se ve en cualquier instancia social en que se produzca una reclusión con individuos del mismo sexo.

## 2. El término *queer*

En 1990 Teresa de Lauretis produjo sin saberlo un cambio radical en la comprensión del uso de la palabra *queer* cuando le adosó el término "teoría". Esto se hallaba en un artículo que ella tituló "Teoría *queer*. sexualidades lesbianas y gais. Una introducción" (publicado luego en 1991 en la revista *differences*). Hubo dos motivos que llevaron a Teresa de Lauretis a unir la palabra "*queer*" a la palabra "teoría". Por un lado, la notable resignificación positiva que ese término había experimentado en los últimos tiempos. Según Solana, esto era evidente, por ejemplo, en los cánticos de grupos de activistas como *Queer Nation* que, por aquella época, en las marchas contra la violencia homofóbica, entonaban el ya clásico "*We are here! We are queer! Get used to it!*" [¡Estamos aquí! ¡Somos *queer*! ¡Acostúmbrense!]. Por otro lado, y a pesar de esta resignificación positiva, la expresión "*queer*" seguía siendo chocante y era justamente ese efecto disruptivo lo que de Lauretis buscaba explotar al colocarla junto a un término elevado como "teoría". Este efecto discordante no solo tenía como blanco a un mundo académico indiferente hacia temas de sexualidad diversa sino también a ciertas formas previas de abordar el género y la sexualidad en los estudios feministas y de gais y lesbianas. De esta forma, lo "*queer*" en la expresión "teoría *queer*" no remitiría únicamente a un objeto de estudio, sino fundamentalmente a una actitud crítica hacia la teoría misma —sus supuestos, su metodología—. Es la teoría la que se vuelve *queer*, deviene extraña, se rarifica, se torna inusual, según lo percibía la propia Teresa de Lauretis en el artículo citado.

Es indudable que el redescubrimiento de la palabra "*queer*" y su uso posterior en la década del 90 le debe mucho a la corriente crítica del postestructuralismo francés que ayudó a revisar todos los presupuestos de la década del 60. Lacan y, más especialmente, Foucault produjeron cambios fundamentales en la consideración de lo que se tenía por patrones fijos de conducta. En este sentido, los franceses patearon el tablero autosatisfactorio gay, cuando se pusieron a discutir la cuestión de la subjetividad, que conllevaba la idea de que la identidad no se lograba de una vez y para siempre, sino que era un proceso siempre móvil. Creo que aquí está el quid para entender la chispa que se produjo a finales del siglo XX, con un verdadero cambio de paradigma en la lectura de textos que venían siendo escritos desde muchas décadas antes, pero que ahora producían nuevos efectos de sentido.

### 3. Lo *queer* y la teoría *queer*

La palabra "*queer*", entretanto, es un territorio de disputa, porque habiendo llegado a la etapa de su generalización absoluta, está siendo utilizada para remitir a todo aquello que está en desacuerdo con lo normal, lo legítimo y lo dominante. Pero, en mi opinión, esto se produce quizás un poco en contra de los esfuerzos académicos por utilizar el concepto con un contorno más específico, sobre todo al limitar su uso al área de la sexualidad disidente.

Uno de los estudios más lúcidos y sencillos sobre el tema es el de Annamarie Jagose, que ya tiene 20 años de publicado. La autora recalca allí entre otras cosas que:

For queer is, in part, a response to perceived limitations in the liberationist and identity-conscious politics of the gay and lesbian feminist movements. The rhetoric of both has been structured predominantly around self-recognition, community and shared identity; inevitably, if inadvertently, both movements have also resulted in exclusions, delegitimation, and a false sense of universality. (130)

Para incluir también el pensamiento de la línea francesa de la teoría *queer* actual, es interesante traer a cuento una cita del libro de François Cusset del 2002, donde el autor insiste en que la novedad *queer* consistiría especialmente en la cuestión de saber si la identidad sexual remite a un modelo binario original o si, al contrario, se decide de un modo más azaroso y menos naturalmente determinado según los innumerables grados que ofrece el espectro de una polisexualidad (70). En la misma tesitura está la postura contravencional de Paul B. Preciado, quien hispanizó la teoría *queer* en sus aseveraciones sobre lo que llamó la "contrasexualidad" afirmando que:

El sistema de sexo-género es un sistema de escritura. El cuerpo es un texto socialmente construido, un archivo orgánico de la historia de la humanidad como historia de la producción-reproducción, en la que ciertos códigos se naturalizan, otros quedan elípticos y otros son sistemáticamente eliminados o tachados. La (hetero)sexualidad, lejos de surgir espontáneamente de cada cuerpo recién nacido, debe reinscribirse o reinstituirse a través de operaciones constantes de repetición y de recitación de los códigos (masculino y femenino) socialmente investidos como naturales. (18)

Y para terminar digamos que ya Néstor Perlongher, en 1990, abrevando no por casualidad, en el postestructuralismo de Deleuze y Guattari, advertía sobre los cambios que se estaban dando en la percepción de las identidades diversas en un artículo periodístico de avanzada que portaba el provocativo título de "Los devenires minoritarios", donde sostenía que

[l]a política de minorías no debería pasar, hoy, por la afirmación "enguetizante" de la identidad, acompañada por invocaciones rituales a la "solidaridad" con otros grupos minoritarios, ni por la reserva de un lugar (generalmente secundario) en el teatro de la

representación política, con resultados del tipo: el machismo es un problema de las mujeres, el racismo es un problema de los negros, la homofobia un problema de los homosexuales. (73)

En definitiva, lo que he querido destacar en este artículo es la importancia no tanto de adherir a un principio construccionista de las identidades, sino, más bien, escapar de los límites tradicionales del esencialismo, cuyos postulados son tan férreos porque nos han llegado desde los orígenes de la filosofía occidental.

### Referencias bibliográficas

- Cusset, François. *Queer critics. La littérature française déshabillée par ses homo-lecteurs*. París: PUF, 2002. Impreso.
- De Lauretis, Teresa. "Queer Theory: Lesbian and Gay Sexualities. An Introduction." *differences. A Journal of Feminist Cultural Studies* 3 (1991): III-XVIII. Impreso.
- Jagose, Annamarie. *Queer Theory. An Introduction*. New York: New York UP, 1996. Impreso.
- Molloy, Sylvia. "De Saffo a Baffo. La diversión de lo sexual en Alejandra Pizarnik". *Sexo y sexualidades en América Latina*. Eds. Daniel Balderston y Donna Guy. Buenos Aires: Paidós, 1998. 357-67.
- Perlongher, Néstor. "Los devenires minoritarios". *Prosa Plebeya*. Buenos Aires: Colihue, 1997. 65-75. Impreso.
- Preciado, Beatriz. *Manifiesto contrasexual*. Barcelona: Anagrama, 2011. Impreso.
- Solana, Mariela. *Historia y temporalidad en estudios queer. Implicaciones ontológicas y políticas*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2016. Tesis doctoral inédita.